

# EL RINCÓN DE VÍKTOR

## EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Sábado, 02 de Febrero de 2008

### LA BARCA DE CARONTE. SÉPTIMO CAPÍTULO. UNA NOCHE EN EL CEMENTERIO.

El cementerio no es el mejor lugar para pasar la noche. Seguramente, incluso puede que sea uno de los peores. No es un buen sitio para visitar. Ni tan siquiera de día. El lugar está cargado de un ambiente distinto al del resto de la ciudad. En el fondo, parece que los que están bajo la tierra, todavía están presentes allí. Es un sentimiento muy extraño, pero sólo nos ocurre esto en el cementerio. Cualquiera que lo niegue, pues simplemente miente. Puede que lo que varíe sea la intensidad de los sentimientos. Pero no se puede negar que afloran precisamente allí.

De noche, el lugar se torna siniestro. Todavía recuerdo aquél día, mejor, aquella noche del día de difuntos en la que mi primo y yo paseábamos solos. No tenía yo más de ocho o nueve años. Pero todavía me acuerdo. Apenas había iluminación, sólo la que provenía de los velones y la velas que se encontraban sobre las tumbas, los nichos, los panteones. Un juego (para mí, macabro a la vez que espectacular) de luces y sombras me hicieron estremecerme. Y es que, en ese ambiente tan tétrico, incluso la familiar imagen de Cristo te resulta escalofriante. Pude detectar que, al igual que a mí, a mi primo también se le ponía el vello de punta. Y sólo eran las nueve de la noche.

Hubo una capilla que nos ayudó a decidir que lo mejor era salir de allí. Una capilla que, de forma desordenada, entorpecía el pasillo continuo que dividía aquel sector del cementerio. Era bastante antigua. Tenía una decoración muy barroca, con unos pequeños faroles en las esquinas. A través de la puerta pudimos ver las fotos de las personas que allí guardaban el descanso eterno. Pero hubo un detalle muy especial: había una enorme imagen del Sagrado Corazón que sólo se intuía, porque el interior de la capilla apenas estaba iluminado. Casi sin darnos cuenta, comprobamos cómo la dirección de la llama del velón que presidía una pequeña mesilla, cambió de forma que ahora vimos la figura al completo. Pero la cara tenía un color negruzco, como quemado por la acción de no sé que llama, o quizá por los rayos solares. Lo que sé es que nos fuimos corriendo, asustados al ver esa imagen, para nosotros aterradora. Recuerdo que permanecí varias noches sin poder pegar ojo, porque cuando los cerraba, me venía como un “flash” la imagen de esa capilla.

Esta experiencia personal me sirve para introducirles en un relato que, como los pertenecientes a esta serie, son creaciones (espero que les gusten) de quien les escribe, pero en éste caso hay un sustrato real. Digamos como se dice en el cine, que esta historia esta basada en hechos reales. O por lo menos, en el testimonio del personaje a quien yo he llamado Ricardo, pero que existe en realidad. Fue un expediente X español. Allí va:

#### COMIENZA EL CAPÍTULO.

Ricardo lleva trabajando como guardia de seguridad privado durante los últimos cuatro años. Ha sido policía nacional durante tres años. Pero debido a los programas de reducción de plantilla, se vio obligado a dejar el cuerpo. Hasta ahora no ha tenido muchos problemas: los típicos en los conciertos, o algunos incidentes cuando vigilaba pequeñas urbanizaciones. Pero nada serio. Sin embargo, esta noche, Ricardo ha sido el elegido para vigilar el cementerio norte de la ciudad. Se han venido produciendo en los últimos días pequeños ataques en las inmediaciones del camposanto. Una pared ha amanecido con pintadas que vinculan estos ataques a sectas satánicas. Pero no ha habido graves desperfectos.

Ricardo piensa que la noche será tranquila. Pero sabe que la tranquilidad de un cementerio es muy tensa. De noche, la situación es totalmente inquietante. A pesar de que el cementerio está dotado con enormes farolas que iluminan sus pasillos, el ayuntamiento ha decidido apagarlos para no facilitar a los energúmenos el ataque nuevamente al recinto.

Ricardo se encuentra dentro de la caseta donde normalmente pasa el sepulturero sus horas “muertas” (nunca mejor dicho) esperando que llegue la hora de cerrar el recinto. Allí no tiene iluminación artificial, porque los horarios de apertura de este tipo de lugares hacen que no sea estrictamente necesario iluminar la caseta del enterrador. Sólo hay un día que abre de noche y no le hace falta tenerla, porque suele haber más gente. Sin embargo, a Ricardo le hubiera venido muy bien. No obstante, Ricardo saca su pequeño receptor de radio y escucha música a un volumen muy bajo. Pero no sabe donde mirar. La noche está despejada y los rayos lunares rebotan sobre las lápidas, una fila de ellas que se extiende enfrente de la ventana por donde se asoma.

Ricardo tiene que cumplir un horario desde las doce de la noche hasta las ocho de la mañana. Sabe que va a ser una noche muy dura. Pero mientras todo permanezca en calma, cree que lo va a llevar bien. Y hasta el momento todo transcurre conforme a sus predicciones. Ha cenado un pequeño bocata de atún y se ha tomado una botella de agua. Trascorridas tres horas, Ricardo está despanzurrado sobre la silla y ronca bien fuerte. Pero la tranquilidad ya no volverá esa noche a dejar que Ricardo duerma.

Hacia las tres de la madrugada, Ricardo escucha una especie de arañazos, o mejor, desgarros sobre algo metálico. Piensa que los vándalos están entrando por la puerta trasera del cementerio, e inmediatamente, y sin encender la linterna para poder atraparlos, se dirige sigilosamente hacia allí. Cuando llega a la puerta, comprueba que no hay nadie. Abre la puerta y mira por el exterior, pero tampoco ve a nadie, solo oscuridad. Cuando cierra la puerta y vuelve la cabeza va a ver algo que lo descompondrá literalmente. Esta viendo como algo que emitía una brillante luz roja ha cruzado por mitad del pasillo enfrente de él y se ha adentrado en la parte principal del cementerio.

Ricardo ha sacado su pistola y ha encendido su linterna. Espera volver por lo menos hasta la caseta. A través de su transmisor ha avisado a la policía local y le han dicho que en breve se personarán allí. Ricardo avanza por medio del pasillo en dirección a la caseta. Pero ahora se encuentra de frente con aquello. Y comprueba con todo detalle el aspecto de lo que no puede entender. Emitía una luz roja muy fuerte. Pero parecía llevar una túnica. Aquello tenía aspecto de hombre, aunque los cuarenta centímetros últimos eran imperceptibles. Tenía el pelo largo, barba poblada y unos ojos de un color que Ricardo no

acierta a describir. Este ser le abre la túnica y con su mano derecha se arranca ante él su propio corazón. Además, le dice: “¿Ves Ricardo las penas y penitencias que tengo que soportar a causa de los pecados y errores de los hijos del Altísimo?”

Cuando la policía local llegó, encontró a Ricardo sin sentido justo en el lugar donde vio aquello. Hubo un informe que actualmente se encuentra archivado y que solo investigan los parapsicólogos. Ricardo siempre recuerda aquello con temor. Pero es un temor diferente al temor frío o miedo. Es un temor lleno de tranquilidad, de espíritu. Ricardo ha recapacitado y piensa que aquel ser que se encontró en el cementerio en realidad era Jesucristo. Esto nunca lo sabremos.

Lo que si sabemos es lo siguiente: una estatua imponente del Sagrado Corazón que presidía el cementerio y que se encontraba en el techo de la capilla de su Hermandad había desaparecido. Hasta hoy, nada se sabe sobre su paradero.



Posiblemente, lo que Ricardo vio fuera muy parecido a esta reconstrucción.